



2. Laicismo, religión y espacio público

Marxismo y religión en Ernst Bloch

Michael Löwy

Tuve la suerte de conocer personalmente a Ernst Bloch. Nuestro encuentro tuvo lugar en 1974, en su apartamento de Tübingen, situado no lejos de la escuela (el *Stift*) donde –como le gustaba recordar en sus escritos– los jóvenes Hegel, Schelling y Hölderlin plantaron un árbol de la libertad para festejar la Revolución francesa. Tenía ya 89 años, estaba prácticamente ciego, pero con una impresionante lucidez.

Uno de sus comentarios en nuestra entrevista me sorprendió mucho porque resume la obstinada fidelidad de toda una vida a la idea de la utopía:

El mundo tal como existe no es verdadero. Existe un segundo concepto de verdad, que no es positivista, que no está basado en una constatación de la facticidad; sino que está cargado de valor (*Wertgelanden*), como por ejemplo en el concepto un verdadero amigo, o en la expresión de Juvenal *Tempestas* poética, esto es, una tempestad como se encuentra en el libro, una tempestad poética, como nunca ocurre en la realidad, una tempestad llevada hasta el límite, una tempestad radical. Por lo tanto, una verdadera tempestad, en este caso referida a la estética, a la poesía; en la expresión un verdadero amigo se refiere a la esfera moral. Y si esto no corresponde a los hechos –y para nosotros, marxistas, los hechos no son más que momentos reificados de un proceso, y nada más–, en ese caso, tanto *peor para los hechos (um so schlimmer für die Tatsachen)*, como decía el viejo Hegel¹.

Estas referencias son latinas y germánicas, pero leyendo estas palabras no podemos dejar de pensar en una vieja cualidad judía, expresada en un conocido término hebreo y yiddish: la *chutzpa*, esto es, en traducción muy aproximativa, el descaro, la insolencia, el desafío.

El sueño despierto de la utopía, y su relación con la religión, está en el centro de la reflexión de Bloch desde sus primeros escritos, *El espíritu de la utopía*, de 1918, y *Thomas Münzer, teólogo de la revolución*, de 1921. Se encuen-

¹/ Publiqué esta entrevista como anexo de mi libro (1976) *Pour une sociologie des intellectuels révolutionnaires. L'évolution politique de Lukacs 1909-1929*, pág. 294. París: Presses Universitaires de France.

tra en estas obras una dimensión romántica, tanto en la crítica radical y despiadada de la civilización industrial/burguesa, como en la referencia a tradiciones del pasado, sobre todo religiosas. Su reflexión bebe en distintas fuentes espirituales, entre los cuales ocupa un lugar escogido el *mesianismo judío*. En un capítulo titulado “*Los judíos como símbolo*”, en *El espíritu de la utopía*, destaca que la virtud esencial de la religión judía es que está “*construida sobre el Mesías, sobre la llamada al Mesías*”. Esta creencia da continuidad histórica al “*pueblo de los salmos y de los profetas*” e inspira, a comienzos del siglo XX, “*el despertar del orgullo de ser judío*”. Según Bloch, Jesús era un verdadero profeta judío, pero no el verdadero Mesías: el “*Mesías lejano*”, el Salvador, el “*último Christus, todavía desconocido*”, aún no ha llegado/2.

La utopía revolucionaria para Bloch –como para Walter Benjamin– es inseparable de una concepción mesiánica/milenarista de la temporalidad, opuesta a todo gradualismo del progreso: escribiendo sobre Thomas Münzer y la guerra de los campesinos del siglo XVI, señala: “*no combatían por tiempos mejores sino por el final de todos los tiempos... por la irrupción del Reino*”. Su actitud es curiosamente “*sincrética*”, tanto judía como cristiana, por ejemplo, en este otro pasaje del libro sobre Münzer, que compara el Tercer Evangelio de Joachim de Fiore, el milenarismo de los campesinos anabaptistas y el mesianismo de los cabalistas de Safed (Tsfat), al norte del lago Tiberíades, que esperan “*al vengador mesiánico, al destructor de este Imperio y de este Papado... al restaurador de Olam-ha-Tikkun, verdadero Reino de Dios...*”. No se trata sólo de historia: Bloch creía, en 1921, en la inminencia de un cambio revolucionario en Europa, que describe, con un lenguaje judío-mesiánico, como la Princesa Sabbat, todavía escondida tras una delgada y agrietada muralla, mientras “*puesto en pie sobre los escombros de una civilización arruinada... se eleva el espíritu de la inextirpable utopía*”.

Refiriéndose a sus primeros escritos, y en particular al *Thomas Münzer*, Bloch los define como *románticos revolucionarios*. Creo que esta definición se aplica al conjunto de su obra. Por “*romanticismo*” no entiendo sólo una escuela literaria de inicios del siglo XIX, sino una vasta corriente cultural de protesta, en nombre de ciertos valores sociales o culturales del pasado –entre ellos la religión– contra la civilización capitalista moderna en tanto sistema de racionalidad cuantificadora y de desencanto del mundo/3. Desde luego, la nebulosa cultural romántica no es ni mucho menos homogénea: incluye una pluralidad de corrientes, desde el romanticismo conservador o reaccionario que aspira a la restauración de los privilegios y jerarquías del Antiguo Régimen, hasta el romanticismo revolucionario, que integra las conquistas de 1789 (libertad, democracia, igualdad) y para quien el objetivo no es una *vuelta* atrás, sino un *desvío* por el pasado comunitario hacia el *futuro utópico*.

2/ Bloch, E. (1918) *Geist der Utopie*, págs. 323, 331-332. Munich-Leipzig: Duncker & Humblot; (ver a este respecto el hermoso libro de Münster, A. (1985) *Figures de l'utopie chez Ernst Bloch*. París: Aubier).

3/ Me permito remitir a mi obra (en colaboración con Robert Sayre), (1992) *Revolte et Melancolie. Le romantisme à contre-courant de la modernité*. París: Payot.

“Hay que precisar sin embargo que la religión de la que se reclama Bloch es –por utilizar una de sus paradojas favoritas– una religión atea”

A esta corriente pertenece Ernst Bloch y con este espíritu fueron redactados sus principales escritos, tanto sus obras de juventud como de madurez, *Das Prinzip Hoffnung* (*El Principio Esperanza*).

El Principio Esperanza de Ernst Bloch es una de las grandes obras del pensamiento emancipador del siglo XX. Monumental (más de 1600 páginas), mantuvo ocupado al autor durante buena parte de su vida: escrita entre 1938 y 1947, durante su exilio en Estados Unidos, la revisó una primera vez en

1953 y una segunda en 1959. Como consecuencia de su condena por “revisio-nista” por las autoridades de la República Democrática Alemana, su autor acabará por abandonar Alemania Oriental (1961). Nadie ha escrito nunca un libro como éste, reuniendo con un mismo aliento visionario a los presocráticos y a Hegel, la alquimia y los cuentos de Hoffmann, la herejía ofita y el mesianismo de Shabattai Tsevi, la filosofía del arte de Schelling y el materialismo marxista, las óperas de Mozart y las utopías de Fourier. Abramos una página al azar: trata del hombre del Renacimiento, del concepto de materia en Paracelso y Jakob Böhme, de la *Santa Familia* de Marx, de la doctrina del conocimiento de Giordano Bruno y del libro sobre la *Reforma del entendimiento* de Spinoza. La erudición de Bloch es tan enciclopédica que pocos lectores son capaces de juzgar con conocimiento de causa sobre cada tema desarrollado en los tres volúmenes del libro. Su estilo resulta a veces hermético, pero es muy sugerente: al lector le toca aprender a filtrar las excelentes joyas y piedras preciosas sembradas por la pluma poética, por momentos esotérica, del filósofo⁴.

Al contrario que otros muchos pensadores de su generación –comenzando por su amigo Gyorgy Lukacs– Bloch se mantuvo fiel a las intuiciones de su juventud y nunca renegó del romanticismo revolucionario de sus primeros escritos. Podemos encontrar en *El Principio Esperanza* frecuentes referencias al *Espíritu de la Utopía*, su primer libro publicado en 1918, muchos de cuyos temas reaparecen en el de los años 50, sobre todo la idea de la utopía como conciencia anticipadora, como figura del “pre-aparecer”.

Bloch comparte con el filósofo romántico Schelling el interés por la religión, aunque la interpreta de forma radicalmente opuesta a las ideas conservadoras del pensador romántico alemán. Entre todas las formas de conciencia anticipadora, la religión ocupa un lugar privilegiado en *El Principio Esperanza*, porque para su autor constituye la utopía por excelencia, la utopía de la perfección, la totalidad de la esperanza. Hay que precisar sin embargo que la religión

⁴/ Ver el artículo sobre Bloch de Zipes, J. (1983) en *Telos*, nº 58, pág. 484 del volumen II de la edición francesa.

de la que se reclama Bloch es –por utilizar una de sus paradojas favoritas– una religión atea. Se trata de un Reino de Dios sin Dios, que derroca al Señor del Mundo instalado en su trono celeste y los sustituye por una “democracia mística”: “*el ateísmo no es el enemigo de la utopía sino su presupuesto: sin ateísmo el mesianismo no tiene razón de ser*”^{5/}.

Pero Bloch distingue de forma enérgica su ateísmo religioso de cualquier materialismo vulgar, del “mal desencanto” vehiculado por la versión más plana de las Luces –que denomina *Aufklärlicht* para distinguirla de la *Aufklärung*– y las doctrinas burguesas de la secularización. No se trata de oponer a la creencia las banalidades del libre pensamiento, sino de salvar, transportándolos hacia la inmanencia, los tesoros de esperanza y los contenidos de deseo de la religión, tesoros entre los que se encuentra, bajo diversas formas, *la idea comunista*: desde el comunismo primitivo de la Biblia (recuerdo de las comunidades nómadas), al comunismo monástico de Joachim de Fiore y hasta el comunismo de las herejías milenaristas (albigenses, hussitas, taboritas, anabaptistas). Para mostrar la presencia de esta tradición en el socialismo moderno, Bloch concluye maliciosamente su capítulo sobre Joachim de Fiore con una cita poco conocida y bastante asombrosa del joven Friedrich Engels:

La conciencia de sí misma de la humanidad es el nuevo Grial en torno al cual los pueblos se reúnen llenos de alegría... Esta es nuestra tarea: convertirnos en los caballeros de este Grial, ceñir la espada para él y arriesgar alegremente nuestra vida en la última guerra santa que será seguida del Reino milenarista de la libertad^{6/}.

Como muestra esta referencia, para Bloch el marxismo es también el *heredero* de las tradiciones utópicas del pasado, no sólo de las utopías sociales, de Thomas Moro a Fourier y William Morris, sino del conjunto de sueños despiertos e imágenes-deseos de la historia de la humanidad, incluyendo los aportados por la Biblia y por la historia del cristianismo. Y su adversario es el “viejo enemigo” de la humanidad, el egoísmo milenarista que “*como capitalismo, ha vencido como nunca antes*”, transformando todas las cosas y todos los seres humanos en mercancías.

Lo que el marxismo aporta de nuevo es la *docta spes* (esperanza sabia), la ciencia de la realidad, el saber activo orientado hacia la praxis transformadora del mundo y hacia el horizonte del futuro. Al contrario que las utopías abstractas del pasado –que se limitaban a oponer su imagen-deseo al mundo existente–, el marxismo parte de las tendencias y de las posibilidades objetivas presentes en la realidad misma: gracias a esta mediación es posible el advenimiento de la *utopía concreta*.

^{5/} Bloch, E. (1979) *Das Prinzip Hoffnung (PH)*, III, págs. 1408, 1412-1413, 1524. Frankfurt: Suhrkamp Verlag. [Hay traducción española: (2007) *El Principio Esperanza*. Madrid: Trotta]. Se trata de un tema ampliamente desarrollado en su obra (1981) *L'athéisme dans le christianisme*. París: Gallimard.

^{6/} *PH*, II, págs. 66-67, 82-87; III, págs. 1454, 1519-1526, 1613.

Entre paréntesis: pese a su admiración en esa época (antes de 1956) por la Unión Soviética, Bloch no confundía el “socialismo real” con esta utopía concreta, que seguía siendo para él una tendencia-latencia inacabada, una imagen-deseo todavía no realizada. Su sistema filosófico se basaba por entero en la categoría del No-ser-todavía, no en la legitimación racional de ningún Estado “realmente existente”.

Definir al marxismo como utopía no significa, para Bloch, negar su carácter científico: sólo puede jugar su papel revolucionario en la inseparable unidad entre la sobriedad y la imaginación, la razón y la esperanza, el rigor del detective y el entusiasmo del soñador. Según una expresión que se ha hecho célebre, hay que fusionar la corriente fría y la corriente cálida del marxismo, porque ambas son indispensables, aunque haya entre ambas una jerarquía clara: la corriente fría existe *para la corriente cálida*, al servicio de ésta, que necesita del análisis científico para poder desembarazarse de la abstracción y hacer concreta la utopía⁷.

La corriente cálida del marxismo inspira a Bloch lo que llama su “*optimismo militante*”, es decir, su esperanza activa en el *Novum*, en el cumplimiento de la utopía. Distingue explícitamente, sin embargo, entre esta esperanza militante y el “*optimismo romo de la fe automática en el progreso*”; considerando que este falso optimismo tiende a convertirse peligrosamente en un nuevo opio del pueblo, piensa que “*es preferible una pizca de pesimismo antes que esta fe ciega y roma en el progreso. Ya que un pesimismo atento al realismo se deja sorprender y desorientar menos fácilmente por los reveses y las catástrofes*”. Insiste por consiguiente en el “*carácter objetivamente no garantizado*” de la esperanza utópica⁸.

Reinterpretando una famosa frase de Marx –“*Vivimos todavía en la prehistoria de la humanidad*– Bloch concluye *El Principio Esperanza* afirmando su convicción de que “*la verdadera génesis no se encuentra al principio, sino al final*”.

Michael Löwy es sociólogo y filósofo marxista. Coautor del *Manifiesto Ecosocialista*.

Traducción: VIENTO SUR

⁷/ PH, III, págs. 1606-1621.

⁸/ PH, I, págs. 240-241 y III, págs. 1624-1625.